

## La poesía amable de un poeta cumanés

Todavía no ha sido totalmente resuelto en nuestro medio el problema del conocimiento y del intercambio cultural de la provincia venezolana con la capital de la república. La fuerza centrífuga de Caracas logra indudablemente mucho mayor rendimiento que la centrípeta en esto de las actividades culturales. Mucho se ha ido ganando en años recientes, mediante los poderosos recursos de la prensa, la radio y las comunicaciones rápidas con el interior del país. Y por eso cada vez va siendo más asequible el conocimiento y la valoración y divulgación de los muchos e importantes valores culturales y artísticos que brotan y fructifican en la provincia.

Pero aún queda buen trecho por recorrer o conquistar en esta necesaria labor de acercamiento, de intercambio y de integración nacional.

Ya en más de una ocasión nos hemos ocupado en comentar algunas obras poéticas representativas de regiones venezolanas. Y esa representación regional no era solo por el hecho de ser los autores de dichas obras nativos de tierra adentro, sino principalmente porque el contenido de ellas nos ofrecía algo típico y representativo de determinadas zonas del territorio patrio (1).

Pero en los casos que hasta ahora hemos comentado, se trataba de autores que aun siendo de la provincia, estaban radicados y

desarrollaban su labor literaria en Caracas, y sus libros alcanzaban en este medio capitalino una fácil divulgación.

Mas en el caso que existen artistas y literatos cuyos productos —aún en el caso de publicarse por editoriales caraqueñas—, no reciben toda la atención a que son justamente acreedores, ni pasan a incorporarse al movimiento artístico general de la nación. Esos autores actúan y viven habitualmente en su provincia. Su voluntario y cariñoso retiro en el interior del país, con solo esporádicas visitas a la capital, los mantiene un poco marginados de ese frecuente movimiento publicitario que suele sostener en continua actualidad literaria, —a veces perjudicial e injustificada— a tantos otros autores radicados en Caracas.

De uno de esos autores de la provincia queremos ahora ocuparnos. Su obra lleva ya varios años de publicada en Caracas. Es cierto que a la hora de su aparición varios conocidos escritores la saludaron con términos sinceros y justos. Pero pasado aquel explicable momento, el poeta y su obra volvieron al retiro y silencio de la provincia, no sin antes haber recogido y gustado los inevitables silencios y estudiadas indiferencias de los representantes de grupos literarios exclusivistas y pagados de su creída autosuficiencia.

En 1941 las prensas caraqueñas lanzaron sin grandes halarocas un libro de poesías titulado "**Motivos**". Su autor era el poeta cumanés José Agustín Fernández (2).

Muchos de mis lectores, como muchos de los escritores venezolanos, tal vez se sorprendan al oír nombrar a éste que es un

(1) Por no citar sino algunos de estos casos, recordaremos nuestros comentarios en esta misma revista SIC al conjunto de la obra de Sergio Medina, (marzo de 1945); al libro "Jagüey" de Héctor G. Villalobos, (octubre de 1943); al libro "Aldea en la Niebla" de M. F. Rugerles (Junio de 1945) y a la obra en conjunto de Alberto Arvelo Torrealba, (Noviembre de 1945).

(2) José Agustín Fernández. **Motivos** (Poesías), 1930-1940; Editorial Cecilio Acosta, Impresores Unidos, 1941, 136 p.

auténtico poeta, y lleguen a exclamar con la socorrida frase de que ese nombre "sueña un poco". Pero como el mérito de un poeta y el valor de su poesía no son cosas que están precisamente (¡ni mucho menos!) en proporción directa de lo que "sueñan", vamos con gusto a ocuparnos hoy,—agradable solaz—, en comentar un poco el contenido del libro **Motivos**.

José A. Fernández tiene consagrada su vida, por vocación y profesión, a la ardua labor educacional. En ella emplea lo mejor de sus horas, allá a las orillas del pintoresco Manzanares, en Cumaná la Primogénita del Continente. No es, pues, un poeta "de profesión", a quien le alcanzan muchos ratos del día para entregarse a esperar y sentir el arrullo de las musas. Ni menos para entretenerse en largas tertulias en torno a mesas de bares y botiquines donde la camaradería vendrá a traer por resultado una propaganda fácil y un comentario favorable.

Solo en ratos esporádicos de su vida,—que ojalá fueran en mayor número—, al margen de sus ocupaciones más perentorias, puede conseguir serenar su espíritu, mirar con morosa quietud a la naturaleza, escuchar su lenguaje íntimo, percibir sus vibraciones, sus sonrisas y sus guiños amables, y ponerse luego a expresar con vocablos y ritmos aquello mismo que esa naturaleza le ha manifestado. Algo de esto último lo encontramos parcialmente expresado por el mismo poeta, cuando escribiéndole a otro poeta amigo, le dice:

"..... estoy aquí en el campo,  
frente al río,  
bebiéndome feltz  
su murmurio,  
bajo la soledad que muchas cosas  
nos dice en su lenguaje

.....

Florece de ternura en los caminos  
la luz recién nacida,  
y la vida se olvida de la vida  
al vuelo de los trinos ....

.....

Poeta: usted comprende  
lo que vale el campo,  
como entiende  
lo que encierra un árbol,  
una fuente y un lampo,  
por eso yo he querido  
desde el campo escribirle,  
contemplando los bosques y las aguas,  
oyendo lo que cantan bajo el sol;

estar más alejado de los hombres  
y más cerca de Dios" (pag 57—58)

Lo más característico de la obra poética de Fernández es precisamente lo que expresa acercamiento, contacto y apacible observación de las cosas sencillas y corrientes que la naturaleza ofrece a cada paso a quien la mira con atención. Ahí está el filón propio del alma de este poeta sencillo y tranquilo. Como que cuando de ahí se aleja,—y afortunadamente lo ha intentado pocas veces—, como en algunas de las composiciones de la Tercera Parte de su libro, su inspiración baja, y su estilo se torna hueco, y se llena de frases comunes y prosaicas. Tal ocurre en poesías como la titulada "América", y más aún en "A Francia la Eterna".

Pero en cambio adentrémonos un poco en los cantos "de la Patria grande" y "de la Patria Chica", y hallaremos al poeta íntimo, casi infantil en su sencillez, pero a quien la auténtica concepción poética y la expresión original y artística le van brotando casi sin esfuerzo y sin alardes de rebuscamiento.

Sus versos encuadran dentro de las formas libres de un modernismo moderado, pero sin olvidarse tampoco de algunos moldes clásicos como el soneto o el romance; éste último manejado con sobriedad y acierto innegables.

Precisamente una de las más lindas composiciones es el "Romance de la Gloria Vespertina" (pags. 77—79), en el que tema tan trillado por los poetas como el del "atardecer", encuentra en el poeta cumancés expresiones nuevas, y frases felices, con las que queda tejida una guirnalda de colorido sin efectismo barato, e impregnada de delicado perfume de sentimiento.

Pero mejor aún en cuanto romance es el titulado "El dolor y la muerte de un Cisne". El tono de la inspiración, el corte y ritmo de los versos, la sencilla elegancia en el desarrollo de la idea, todo está ajustado a los modelos tradicionales de tan bello género. Y en concreto este romance de Fernández tiene un ligero sabor a los que escribía el inimitable Góngora, cuando se dejaba de culteranismos, y pulsaba la lira popular. E igual afirmación hemos de hacer del excelente y popularizado romance "Cómprame un libro".

En buena parte de las páginas de estos **Motivos** el autor se nos muestra como un poeta ciertamente lírico, pero al mismo tiempo ese lirismo brota y se envuelve y entrelaza con multitud de elementos descrip-

tivos que constituyen a la par que su motivo, su marco y adorno

Y por esta razón bien puede considerarse esta poesía dentro del más delicado género nativista. Ya en el sencillísimo y ágil "Portico" del libro, el poeta anuncia que da sus versos a los vientos de la vida

"como da el árbol  
en la paz del otoño  
a los vientos glaciales  
de la tarde  
la ternura de oro  
de sus hojas. . .

. . . . .  
como brinda la fuente sus cristales,  
y da el lírico pájaro sus trinos!.."

(pags. 15—16)

La mirada manso y cariñosa del artista no ha podido menos de posarse sobre una de las auténticas bellezas que aún conserva nuestro terruño, —y que tantas veces hemos oído que nos envidian visitantes de otros países de este mismo continente—: los árboles! Y aquella mirada escogió para formar un "triptico" poético, tres ejemplares a cual más atrayente. **el cocotero, el samán, y el roble.** Son tres breves composiciones, hechas con pinceladas vivas y vigorosas. "El Cocotero" es la mejor lograda de las tres, y se abre con estas dos magnificas estancias:

"Alto cacique  
de ascendencia indiana,  
que bajo el sol del trópico  
lucen con arrogancia  
tu gallardo penacho  
de esperanza  
Tu esbeltez y riqueza  
van iguales,  
como el verdor  
de tu opulento fruto  
y el verde  
de tu airosa palma"

(p. 27).

Bien vale la belleza de las expresiones, y esa atinada sencillez artística, que se perdona al poeta el pequeño exceso de libertad métrica que se advierte en ésta como en otras composiciones, así como también algunas momentáneas frases prosáicas que podrían indicar extrema naturalidad de forma, o deseo de querer expresarse tal cual se habla bajo el espontáneo influjo de la impresión poética. Y a ese grupo habría que añadir la breve composición en la que se le dicen frases tan acertadas y cariñosas "A un jagüey" que solitario y silencioso

aplaca la sed de los ganados y de los pájaros del monte

".. y reflejan en tus aguas, siempre en paz,  
el oro del silencio de los astros"

. . . . . (p. 85) . .

En cambio, cuando Fernández quiere, sabe manejarse con destreza y soltura en los versos de arte mayor. De una composición que no es de las mejores en conjunto, podemos sin embargo esplazar estos impecables versos de la primera estrofa:

"El sabio Maestro de la voz extraña,  
subió con el alba a una azul montaña  
y abriendo los brazos en signo de unión,  
habló para el mundo, con tanta dulzura,  
que el alba se hizo más tierna, más pura,  
y el monte envolvióse en una oración"

(p. 105)

Y de los tres sonetos del "Triptico Lírico", titulados "Aurora, Mediodía, Ocaso", el segundo que es el mejor, y que bien podrá incorporarse sin regateos a cualquier antología nativista venezolana, no solo está desarrollado con dominio y soltura de la forma, sino que además logra captar concisamente la impresión de esa hora colcinante del trópico, parece como si cada verso despidiese calor, luz molesta y sofocación; y el lector llega al cercano final buscando refrigerio al sentirse "bajo el ardor del mediodía".

Ni podríamos pasar inadvertido el artístico y bien sentido "Poema del Labrador", que aunque compuesto en metro muy libre, pero asonantado, contiene plácidos y bien madurados pensamientos, que el poeta —como en tantas de sus composiciones— va expresando en charla directa, en amistoso monólogo con el objeto de su inspiración. Es ésta una manera peculiar, casi diríamos típica, de Fernández: no describe la naturaleza, ni vuelca sólo los sentimientos que la misma naturaleza le inspira, sino que casi siempre entabla con ella la sentida charla de sus pensamientos, y se los va expresando en tono apacible, al par que sincero y artístico. No es una charla fingido, ni de rebuscadas formas, es desahogo y entusiasmo al mismo tiempo, pero sin ruidos y sin melindres efectivistas. Véase esta muestra siquiera del citado "Poema del Labrador"

"Pero ninguno más feliz que tú,  
olvidado labriego,  
cuando en la gloria azul de la alborada

sobre la grácil copa de la siembra  
y la humildad de tu pajizo techo,  
el sol nacido  
derrama la ternura de su beso,  
y bajo el regocijo de los campos  
se asoma Dios  
para expresar su verso!..."

... (Pags 36—37)

"**Motivos**" es un libro que debe ser más conocido. Con él ha entrado con pleno derecho el poeta Fernández a ocupar merecido e innegable puesto entre los cantores de nuestra tierra. Ese libro no es obra definitiva; pero su autor que así se anuncia como poeta, da fundados motivos para esperar de su inspiración nuevos frutos que acaben de solidificar ese merecido nombre de poeta. Esperamos con gran confianza que ya no dilatará mucho la aparición de otro poemario de corte y orientación semejantes al que acabamos de comentar. Y a fe que nos está haciendo falta, para con ello contener un poco la avalancha de los otros novísimos productos que tratan de proclamar como exclusivamente suyo el campo de la poesía nacional.

Y en el caso de José A. Fernández existe un deber ineludible de atender a su obra

y procurar su valoración, no sea que de afuera venga quien nos haga ese favor, como ya en parte ha empezado a suceder. Pues hemos de recordar que por dos veces al menos, que sepamos, nuestro poeta ha conquistado premios literarios en el extranjero; la primera fué en 1930, en los juegos Florales de Bahía Blanca, Argentina, donde conquistó el 2º Premio con sus sonetos del "Triptico Lírico"; y la segunda fué en 1937, cuando en el Concurso Latinoamericano de Buenos Aires mereció asimismo el 2º premio (Diploma Internacional), por su poema "La Canción del Arbol".

Afortunadamente el poeta tuvo oportunidad de saborear también, como compensación frente a sus triunfos en el extranjero, el dictamen que en su patria chica Cumaná se diera acerca de su composición "El Dolor y la Muerte de un Cisne", la cual mereció el Primer Premio del Certamen promovido en 1935 por el Diario "Renacimiento" de dicha ciudad.

Sirvan estas líneas para remover la memoria de un libro y de un poeta de quienes tan poco se habla y tan poco se quiere tomar en cuenta. Y ojalá que pronto podamos celebrar la aparición del libro consagratorio.

*Pedro P. Barnola, S. J.*